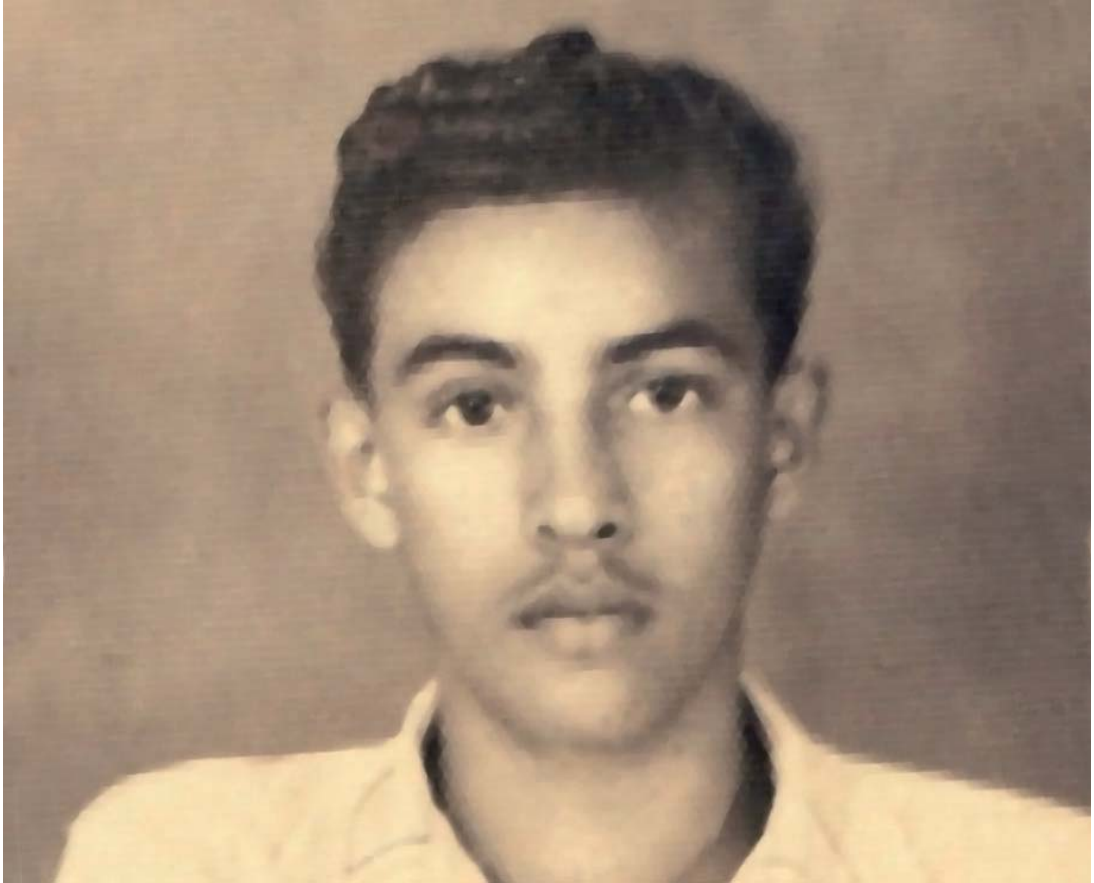


Arquitrave



José Ramón Mercado • Leónidas Lamborghini
Gabriel Jiménez Emán • Sara Rosemberg • Rafael Arráiz Lucca
Alfredo Pérez Alencart • Jorge de Arco
Carlos Aguasaco • Nicolas Fiks • Walter Espinal

Piensa en mí

*Si tienes un hondo pesar piensa en mí,
si tienes ganas de llorar piensa en mí.
Ya ves que venero tu imagen divina.
Tu párvula la boca que siendo tan niña
me enseñó a pecar*

*Piensa en mí, cuando sufras.
Cuando llores también piensa en mí.
Cuando quieras quítame la vida,
no la quiero para nada,
para nada me sirve, sin ti.*

Agustín Lara

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Nº 45, Octubre de 2009

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín,
A. J. Ponte, C. Peri Rossi, C. Triviño Anzola, D. Balderston, E. Restrepo,
J.C. Pastrana Arango, J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, L. Borja, L. A. de Villena,
M. Al-Ramli, R. Arráiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

JOSÉ RAMÓN MERCADO

Joce G Daniels



Fue una noche de Junio de 1981 cuando vi por primera vez a José Ramón Mercado. Estaba vestido de blanco, usaba unos lentes de vidrios redondos atados a una leontina de oro y llevaba una barba con un pico hacía abajo como de dos centímetros en la que asomaban algunos lunares blanquecinos que le daban un toque muy poético.

Para esos días ya tenía plena conciencia del valor de su poesía, pues en la albarrada del Talaigua de mis re-

cuerdos, mientras observaba como los caimanes tontos sobre los matojos de taruyas que iban agua abajo por el cauce del Gran Padre Yuma le disputaban un lugar a las feroces tortugas, yo leía sus escritos que aparecían en los suplementos literarios.

José Ramón estaba ya anclado en la cima literaria de la última mitad del siglo XX de Cartagena, *la de Indias*, blandiendo el lábaro del poeta que pergeña una poesía, unas veces citadina con aroma a los ambientes bucólicos y agrestes de Naranjal, y otras veces, una narrativa rural y pastoril en la que se siente la penetrante fragancia de los aromas citadinos.

Con su esposa Alcira Ricardo García, ilustre dama de la sociedad ovejera, descendiente de los primeros ibéricos que llegaron a la villa, es padre de José Ramón, Aura María y Mónica, con quienes vive en Alto Bosque, un barrio de clase media donde cuida de sus plantas, loros y una perrita manca, que se alegra cuando el poeta lee sus versos.

Jacques Gilard, José Luís Garcés González, Ariel Castillo Mier, Andrés Salcedo, Álvaro Suescun, Roberto Montes Mathieu, Gustavo Ibarra Merlano o Judith Porto de González han emitido conceptos sobre la obra de Mercado Romero, ahondando en la renovación que hace del lenguaje esclerosado y maniqueo en que ha venido nadando la poesía colombiana en las

últimas cuatro décadas, gracias a las influencias de renovación poética norteamericana en cuya fuente ha abrevado el poeta de las cancheras de Naranjal.

José Ramón nació en la hacienda La Estancia de la ranchería de Naranjal, antigua jurisdicción del Municipio de Corozal, el día 19 de marzo de 1936. A la edad de seis años vino a vivir con su familia a la población de Ovejas, en ese entonces primer centro tabacalero del Caribe colombiano, aspecto que marcará para siempre su vida y su obra en la naturaleza y cosmogonía de sus personajes. Es el cuarto de trece hijos del matrimonio conformado por José de Jesús Mercado, el campesino que leyó dieciséis veces *El Quijote* y de Aura María Romero, la mujer que se consagró a sus hijos hasta el día de su muerte.

La poesía de Mercado Romero es multifacética y libre de cualquier amarre o puntuación tradicional. El poeta ha explorado muchos aspectos de la condición humana. Sus poemas son densos, hechos en la fragua de Vulcano, difíciles de tumbar. Son como esos robles de corazones de ébano que a medida que pasa el tiempo se endurecen más y más hasta que se convierten en un trozo de diamante. Sus versos cantan a la tierra, al campo, a los problemas de la ciudad, a las putas alegres, al agua erótica, a la amante ardiente, al boxeo, al agua de alondra, al agua del tiempo muerto,

a los hermanos, a los ascendientes, a sus hijos, a los poetas, a la crueldad del mundo y los crímenes atroces cometidos en Colombia en años tras años y a tantas cosas que difícilmente deja campo para otros bardos.

Quizás uno de los hechos que más han impactado en la vida del Conde Duque de la Loma del Bujío y Naranjal, fue la noche de un mes de Octubre cuando miles de personas con una atronadora ovación de aplausos y vivas, acogieron un verso suyo como el mejor de la nación. Esa noche no solo lloró ante su público, sino que se explayó en elogios para sus contradictores.

Casi treinta años después, de aquella noche, he departido en muchos lugares con José Ramón, en reuniones de escritores, en bohemias, en charlas en su casa, en discusiones literarias, en talleres de escritura, pero siempre le cuento la anécdota de esa noche en que él parecía una reina saludando de un lado para otro y soltando sonrisas, guiños y besitos, mientras autografiaba “El cielo que me tienes prometido” y yo me acercaba sigilosamente para tocarlos para ver si era de verdad verdad o de embuste embuste. Naturalmente que salió lo primero, era humano como nosotros y no tenía nada del otro mundo.

CONVERSANDO CON JOSÉ RAMÓN MERCADO

José Ramón Mercado nació en Ovejas, un pueblo olvidado de las vastas y errátiles sabanas del estado Bolívar, uno de los más asolados en las últimas décadas por la injusticia paramilitar y guerrillera. Allí, entre gallinas, burros, caballos viejos y vacas sedientas él y sus hermanos inventaron un mundo que nos ha ido regalando como grano de sal en cada uno de sus libros. Hizo los primeros estudios de la mano de una adorable maestra llamada Francisca Fernández y lo secundarios en Coroza y Cartagena. A comienzos de los años sesentas se recibió de Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas por la Universidad Nacional de la capital del país donde, según uno de sus biógrafos, el poeta atendía las clases con un sacoleva, camisa de cuello alto, corbata roja, zapatos de charol y los bolsillos repletos de bollo limpio y queso. Luego se especializaría en administración pública y lingüística y literatura. Aficionado al teatro, en varios de los colegios donde trabajó en su juventud hizo montajes, con estudiantes, de obras como Montecalvo, de Jairo Anibal Niño, *Hombres Anónimos* y *Bazurto 12 en punto*, de su autoría, o *Las sillas*, de Ionesco, tarea que continuo en el colegio nacional Manuel Rodríguez Torices, por un cuarto de siglo, creando orquestas y grupos de danza memorables. Algunos de sus libros son *Las mismas historias*, *Perros de presa*, *El cielo que me tienes prometido*, *La noche del nocáut* o la antología *Los días de la ciudad*, que recoge buena parte de su poesía.

¿Qué relación hay en tu caso entre poesía y campo, entre vida silvestre y poema silvestre?

En cuanto a lo primero existe un equilibrio total, eso ha sido lo que ha otorgado el mayor sosiego a mi vida, haber nacido a la orilla de un camino por donde todo tenía que pasar, en un campo lleno de árboles y pájaros, donde caían lluvias torrenciales y con mis hermanos teníamos libertad de crear mundos inimaginables. Eso ha dado a mi vida, desde entonces, la dimensión y la armonía. La poesía surgió desde ese momento, lo demás ha sido la búsqueda del conocimiento a través de las lecturas de otros escritores que se ha ido sedimentando en mi memoria, en los días, en el tiempo. Lo demás son mis pasos por las ciudades, las calles, los rostros de hombres y mujeres, mi profunda observación sobre los hechos y cada instante. No existe el tiempo para detenernos y contemplarnos como eternos narcisos. La vida es dura e implacable, y así es mi poesía.

¿Dónde nació usted?

Yo nací en la estancia de mi abuelo, en Naranjal, una vereda de Corozal, pero nos fuimos a vivir a Ovejas, con mi madre y mis hermanos, cuando tenía siete años; así que mis recuerdos de Naranjal se mezclan y sobreviven con los de Ovejas. Ovejas es un pueblo distinto a los demás, su idiosincrasia la daba el tabaco, donde existían grandes compañías que compraban la hoja y la procesaban. Tabaco negro que se exportaba a Estados Unidos, Alemania, Holanda, Inglaterra por la vía de Barran-

quilla. Todo esto ocurre a comienzos del siglo pasado, por los años treinta o cuarenta, cuando Ovejas gozó de cierta prosperidad. Una mujer por ejemplo, ganaba noventa y cinco pesos a la semana laborando en los fabriquines de tabaco o en las compañías. No es casual que Ovejas en esta época tuviera el primer sindicato obrero de Colombia. Allí fui a la escuela pública y fui influido por una maestra providencial, la Niña Pacha, quien además de los conocimientos lógicos y naturales, nos subió al tren de la ternura, el amor por el paisaje y la humildad permanente frente a todos los estados de la vida. Ovejas me dio el carácter estoico de mi poesía, los tonos opacos y vibrantes, el semblante lánguido y las explosivas expresiones de humor e ironía.

Eso se llama anti poesía. ¿Cuáles fueron entonces, sus maestros?

En un comienzo fueron los poetas del 98 que encontré en la biblioteca del internado del Liceo Carmelo Vergara de Corozal: Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Valle Inclán, Ortega y Gasset, así como los del 27, Alberti, Lorca, Guillén, Alexandre y otros; pero al mismo tiempo Espronceda, Bécquer, Navarro, Nervo, Darío, Isaac, Rivera. Fue en Cartagena, en 1958, cuando descubrí a Luis Carlos López, un poeta indeclamable, que me vincula a la cotidianidad, a los hechos de la vida urbana, a una poesía que no estaba en mis cálculos y que no era entendida ni aceptada como tal. Después fueron Ezra Pound, Huidobro, Nicanor Parra y tantos otros poetas y na-

rradores que manejan el humor, la ironía, la desacralización, el desencanto por todo lo espurio y lo banal de la poesía y la prosa. No digo nada de los escritores del Caribe por la limitación que impone el espacio, pero allí está la presencia de todos ellos, en mi formación poética y narrativa.

Hace poco un crítico calificó la actual poesía colombiana de modosa y mediocre. Usted, que es uno de esos poetas de hoy, ¿qué dice al respecto?

Me da pesar con él, pero no pasa de ser un irreverente, tal vez algo así como lo que decía Gabo: "un cazador de pájaros muertos". En la poesía colombiana hay poetas vitales y de largo aliento. Todos los que él citó tienen un mérito que sigue creciendo en el universo de la palabra. Cualquier verso de De Greiff, Silva, Barba Jacob, Gaitán Durán, Cote Lamus, Aurelio Arturo y otros, nos merecen el mayor respeto, incluso la reafirmación de grandes poetas, ante las exigencias de los más rigurosos críticos de la literatura castellana. Yo creo que él crítico andaba buscando hacer crecer la bola de nieve. Pero aquí ya nadie come del cuento.

HAT

JOSÉ RAMÓN MERCADO

La masacre de Chengue

Ese día el sol fue borrado del cielo.

Homero

I
Llegaron al final de la noche
entre la sombra ciega y los ladridos de los perros
al alba a pie juntillas las hachas en vilo
Las mujeres aturdieron el cielo con sus gritos
Rosa Meriño sintió el palpito en su entraña
María Martínez vio los muertos pálidos dolidos
Sixta Andrades Sequea volvió a menstruar
lunas después de la menopausia
Según Prasca Oviedo a su marido lo arriaron
bajo un cielo de hastíos y horror
No tuvieron tiempo para despedirse
una pasta gruesa en la saliva le atascó la voz

Primero les amarraron las manos y les taparon la boca
luego pusieron sus cabezas sobre el tronco
el tronco de hachar los huesos en el matadero
y uno por unos los fueron despescuezando
Los muertos tenían el miedo en el rostro
los perros olían la sangre de sus amos
y salían huyendo despavoridos como animales apaleados

A Manuel Mendoza lo soslayaron
con un golpe de hacha en el aire

y salió corriendo con la cabeza en las manos
creyendo que se había salvado

Néstor Meriño cayó aplastado como un racimo de plátanos
Estaban todos juntos el silencio olía a sangre
parecían, una montaña, los muertos arrumados

Ya viste una montaña alta de muertos
todos los muertos se parecen a los muertos
tienen una palidez de cadáver que los recorre en silencio
No hay llanto que a uno lo cure ante sus muertos
las oraciones no alcanzaron para los muertos de Chengue

La sangre derramada y los gritos
también rodaron por la ladera
La plaza estaba encharcada de sangre y de llanto
después del bazar de la muerte

II

Al mediodía llegaron las volquetas fúnebres
con sus chazas inmensas de tártaras calientes
Las órdenes dadas estaban cumplidas

Ese día el sol fue borrado del cielo

Las espigas de maíz estaban secas
El camino parecía un cementerio
y las volquetas cargaban las bolsas
negras llenas de cadáveres
Era una carga de bolsas negras pesadas
como arena mojada
“de muertos supuestos de la masacre de Chengue”
pesaban como piedras insensibles los muertos
Los alinearon bajo el sol de la tarde
a cada uno le fueron colocando su cabeza
parecían aún sentenciadas a muerte sus sombras
pero andaban lejos de sus lágrimas carcomidas de miedo
ninguna batalla consagraba su heroísmo
allí estaban bajo el sol de la tarde

A lo largo del camino hasta Ovejas llegaron los muertos
vieron por última vez el cielo borroso bien arriba

La noticia dio la vuelta al mundo incrédulo
en menos de lo que canta un gallo
sólo que en Chengue no volvieron a cantar los gallos

El 17 de Enero de 2001, luego de haberse reunido el día anterior en la finca El Palmar de San Onofre con un suboficial de la Armada donde le entregó armas, municiones, camuflados y dinero, el paramilitar Juancho Dique del Bloque Montes de María llegó a la vereda Chengue al mando de una cuadrilla de facinerosos y golpeando violentamente las puertas de las casas de los campesinos, habiendo dejado a oscuras el villorrio, les llevaron hasta la plaza y acusándoles de colaboradores de la guerrilla de las FARC a golpes de mazos de piedra de moler y hachazos sobre troncos de madera de picar carne les descuartizaron. Las víctimas se llamaban Videncio Segundo Quintana Barreto, Pedro Manuel Barreto Arias, Néstor Montes Meriño, Pedro Adán Ramírez, Luís Oscar Hernández Pérez, Arquímedes López Oviedo, Cristóbal Meriño Pérez, Rusbel Manuel Oviedo Barreto, Giovanni Barreto Tapias, Luís Enrique Buelvas Olivera, César Segundo Meriño Mercado, Videncio Quintana Meza, Mario Manuel Quintana Barreto, Dairo Rafael López Meriño, Francisco Santander López Oviedo, Jaime Rafael Meriño Ruiz, Luís Miguel Romero Berrio, Ramón Andrés Meriño Mercado, Manuel Guillermo Rodríguez Torres, Juan Carlos Martínez Oviedo, Rafael Romero Montes, Elkin David Martínez Oviedo, Alejandro Rafael, Monterroza Meriño, Néstor Meriño Caro, Assael López Oviedo, Dairo Rafael Morales Díaz, Julio César Lora Canole, Edison Berrio Salas; Delis Peluffo y José Monterrosa.

Los caídos de El Salao

*Sólo es real la niebla
La sangre no miente*

Octavio Paz

I

De la zona del río vinieron los matones a sueldo
Temprano en asechanza pasaron Providencia
tal vez por el recodo de Martín Alonso
Desechando la carretera negra y el horizonte
cruzarían la vereda de San Andrés al alba
de ahí a La Sierrita después caerían a El Salao
donde mataron tanta gente que aún no se sabe
cuantos fueron los muertos
Los propios dicen que fueron más de cien
Las estadísticas hablan que solo fueron sesenta y tres
Los que se comieron los gallinazos no se cuentan
Nunca se sabrá cuantos fueron

Los vivos sólo recuerdan la sevicia con los muertos
Los colgaron como pavos en diciembre dicen
Les cercenaron los brazos las manos y los dedos
Les cortaron los muslos les trozaron las rodillas

El pene vergonzante los escrotos vulnerables
Destazaron sus cuellos como cráteres
Por último jugaron fútbol con sus cabezas asombradas

Los vivos sólo recuerdan la sevicia con los muertos
Nunca se sabrá cuantos fueron

II

Los caídos de El Salao levantan su voz
En los frisos del miedo cantan sus voces
Aunque exhalaron su último aliento
quedan colgando de los árboles sus sombras
Sobre la calle larga solo crece el miedo
se han levantado de nuevo los muertos
y han regresado a sus casas cautivas
centellean por sus parcelas
esparcen el fríjol siembran guandules
recogen habichuelas viven en sus maizales
comen popocho chorote surten el agua
revisan los yucales limpian sus huertas
los árboles de pájaros y el arroyo y su sombra
sus manos agrietadas están limpias y respiran

No se han olvidado del miedo resembrado los muertos
ahora son un río de voces que regresa

III

Congelaron el recuerdo cicatrizan las heridas
muertos adrede desuellan la noche
enterrados a prisa
se ven de nuevo en los espejos
sus voces afuera las aglutina el viento
igual sus propios sueños
una pintura desolada de Umberto Giangrandi con demonios
y un paisaje azul de tórtolas resultan una oda elemental

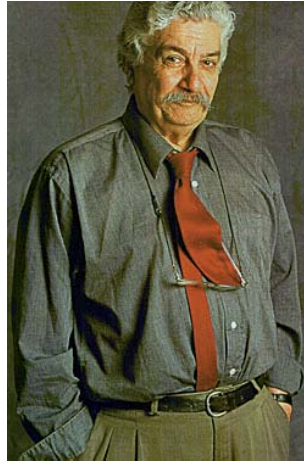
Todavía es abominable el recuerdo de la sangre
Un muro blanco como el camino hacia la huerta
alumbra otra vez su presencia sus nombres
la luz de sus voces el tiempo que vuelve
en una marejada regresa todo lo que fue ya no es
La sangre en las paredes blancas del monte vive
son flores visibles señales de sol que nacen
sin morir como espigas de luz

La masacre de El Salado o El Salao fue cometida entre el 16 y 19 de Febrero de 2000. Fue ejecutada por miembros del Bloque Norte de las Auto-defensas Unidas de Colombia (AUC), comandado por Rodrigo Tovar Pupo alias Jorge 40, con la complicidad de miembros de las Fuerzas Armadas de Colombia. 300 hombres torturaron, degollaron y decapitaron a más de cien indefensos entre ellos una niña de seis años y una mujer de 65, destrozando las casas y el comercio de la población. 14 de los cadáveres fueron hallados en cuatro fosas comunes después de ser torturados y degollados en la iglesia del pueblo, otros fueron masacrados en una mesa ubicada en la cancha de baloncesto del lugar. Según testigos los paramilitares desmembraban y torturaban a los pobladores con motosierras, destornilladores, piedras y maderos mientras bebían licor saqueado de las tiendas, violaban mujeres, jugaban fútbol con las cabezas de los decapitados, ahorcaban jóvenes y apaleaban ancianos mientras escuchaban música vallenata a alto volumen. La masacre provocó el desplazamiento de al menos 280 personas entre hombres, mujeres y niños. Fue comandada por Jhon Jairo Esquivel Cuadrado alias 'el Tigre' y Uber Enrique Banquéz Martínez alias 'Juancho Dique'. Fue ordenada por Jorge 40 bajo órdenes de Carlos Castaño, Salvatore Mancuso y Rodrigo Mercado Pelufo alias "Cadena". También se acusa al entonces capitán de corbeta de la Armada Héctor Martín Pita Vásquez.

LEÓNIDAS LAMBORGHINI

Rodolfo Edwards

Desconfiando de las palabras, Leónidas Lamborghini [Buenos Aires, 1927-2009] percibió la realidad como un espejo astillado, que devuelve imágenes deformes, pedazos de una patria dinamitada por la injusticia, los desastres sociales, el horror y la desidia. Lamborghini trató de desarmar el cerebro del autó-mata que flota en la inercia; como un neurólogo escarbaba en las funciones del lenguaje alteradas por la mano perversa del poder. Discípulo de Dante, su viaje fue siempre descendente, deriva por los infiernos escaleras abajo: somos hablados por otros, vivimos en la cárcel del lenguaje, arran-



cando frutos negros de un árbol seco, pisando una tierra cada vez más extranjera. Aplicando la reducción al absurdo, Lamborghini sabotea las palabras, destruye el nervio del falso jolgorio comunicacional. Arqueólogo de la lengua, asume el habla como un depósito de chatarra, restos de una civilización perdida.

Lamborghini hace "una puesta en riesgo" de la poesía. Contradiendo las visiones apacibles que habitualmente muestra el género, presenta un programa donde el oficio es más una condena que una bendición, genera una angustia permanente, una desespe-

ranza. El arte para Lamborghini no es escapismo, en todo caso Lamborghini escapa hacia el centro del conflicto, huye hacia adelante. Como los personajes de Beckett, los poemas de Lamborghini se arrojan suicidas a la muchedumbre discursiva, al bla bla bla mediático y publicitario y se descubren desnudos, sintiendo el frío implacable de la soledad. Aun así caminan, con los pies llagados, las manos ateridas, lanzando gemidos incomprensibles en la oscuridad. Como nadie escucha, en esa indiferencia se encuentra el estado más perfecto de libertad: así se desata una de las más profundas críticas al estado del género poesía en el siglo XX.

En una comunidad textual saturada, Lamborghini encuentra en la reescritura y en la parodia un hábito de reconstrucción. Enjuagando las palabras en un charco de agua sucia con estudiada negligencia, persiste en la distorsión, en el acople, como en una calesita infernal o en un escenario giratorio, contempla la misma escena ad infinitum, comprobando que el hombre y el pez por la boca mueren. La poesía se convierte así en un campo de batalla donde las palabras luchan cuerpo a cuerpo.

Deconstruyendo y podando el aparato discursivo del peronismo, le infiere una luz nueva a su historia y emblemas. Lamborghini reescribe el peronismo, resaltando de sus figuras consulares aspectos plenamente humanos, tornándolos así palpables. Pliegues y contornos, aristas imprevistas de la maquinaria ideológica justicialista son develados con paciencia de orfebre, con amorosa puntilliosidad: en *Perón en Caracas*, Lamborghini presenta un Perón en el exilio, en calzoncillos y medias blancas, padeciendo una molesta prostatitis. En *Eva Perón en la hoguera* la retórica del texto modelo es arrojada a una fuente de aceite hirviendo para devenir fluir de la conciencia del personaje.

Lamborghini debutó con *El saboteador arrepentido*, en 1955. El año que caía el peronismo bajo las bombas de la Revolución Libertadora, iniciando un largo ciclo de proscripción y martirio. Este hecho lo marca: también Lamborghini asume desde su obra una política de la Resistencia. "Y aquí está su poesía: Las patas en las fuentes. El título mismo es un escándalo, se entiende que para los tilingos. El lector avisado adivina. ¿Acaso no recuerda aquel épico y revolucionario atardecer de octubre de 1945, cuando las masas trabajadoras refrescan sus pies llagados en las fuentes de la 'histórica plaza'. Pero, cuidado. Esas llagas eran historia y también poesía". Escribió Joaquín Giannuzzi en 1968.

Paria dentro de su generación y en relación a todo el sistema poético argentino, tan proclive a los estériles manierismos, Lamborghini hizo de la poesía un credo dogmático e intransigente, un rito alimentado por sus férreas convicciones conceptuales. No es fácil meterse en los engranajes textuales de Lamborghini; hay que atravesar aduanas, hay que descubrir contraseñas, nada está servido, pero una vez adentro, sentimos como nunca la presencia de la lengua, nos percatamos de su valor, se nos devuelve una consciencia oscurecida por el uso, los abusos y las perversiones del poder.

Conceptos como "poeticidad", "lirismo", "belleza", son destrozados por Lamborghini, brutal, radicalmente. Para don Leónidas la poesía siempre fue "otra cosa" y a tal punto fue "otra cosa" que se instaló en un metagénero donde desarrolló una rígida praxis con leyes absolutamente propias, donde palpitan diversas tradiciones, pero atravesadas sanguinariamente con la precisión de una lanza indígena. De su obstinación hizo virtud, dejando una marca de tiza en el temporal.

El solicitante descolocado

Me detengo un momento
por averiguación de antecedentes
trato de solucionar importantísimos
problemas de estado;
vena mía poética susúrrame contracto
planteo, combinación
y remate.
En vez
tú no tienes voz propia
ni virtud
dijo
y escribes sólo para
yo quise decirle mentira
mentira
para purificarme
La pista se rodea
de todas las especies, de todos los órdenes
y clases
sobre todo de público
en la primera fila van
los relegados.
Siempre algún gobernante
algún guerrero ilustre, algún
funcionario aventajado
da el puntapié inicial

entonces entro yo
entrando por el aro.
Tome asiento
nadie debe perderse
un espectáculo
abro mi risa negra
a función continuada.
Y a la bartola
haciendo de las mías
en el país del tuerto
es rey.
Pueblo goloso perezoso lujurioso
porque las curvas económicas
nos son favorables
una nueva conciencia os pido
en marcha.
Y si las cosas se complican
descentralizar:
—Listo, vamos
gobemar es poblar es hablar;
apoyando mi oído
en el obrero concentrado:
vibra.
Entonces reconozco
alcanzo a distinguir entre 200.000
a mi buena maestrita

llevaba
un cartelón azul
con letreros dorados.
— ¿Qué clase de niño fuiste tú?
—a,e,i,o,u
intelligentísimo y de gran corazón
antes del sacrilegio
ella me dijo a mi mejor discípulo
—La tierra para quien la trabaja
se inclina
—La revolución no se detiene nunca.
Ella.
Levanta emocionada
la tapa de mis sesos
deshojando
Cumple no cumple
Cumple no cumple
Cumple no cumple
—Tu alma tiene un delicado
cuello de cristal
—se inclina—
su base es de acero inoxidable
Tratando de llegar
a las altas esferas
hice mi oferta de viva voz
—¡No valgo un pito!
No obstante invento

la economía sin un hilo
y oigo al pasar
"aquí estamos muy bien
colgados del presupuesto"
Cuando llegaron las inversiones extranjeras
dispuestas a radicarse
y preguntaron salario real ¿cuál
es tu poder adquisitivo?
Cambio
Cambio
Cambio
¿Dónde está
la moneda simple
legal
la moneda sencilla
del menudo candor
la moneda de
cobre?
Y antes de sucumbir
el interés económico pensante
alcanzó a balbucear
petróleo, industrias, agro,
pecuario.
Está quebrando
Sin base
cierro la última
cotización.

En el rebusque cada vez
me pica más
el bagre
vendo shakespeareos usados
a un Moro sin entrañas
Descubro inscripciones
no figurativas
en las letrinas de altamira.
Apenas este tiempo para nada
Al Paso
almuerzo pavimento
con ensaladas
del huerto de los olivos.
"No son todos los que están
no están todos los que son"
mi pobre especie
son
los no antologados
En los viejos tranvías
y en general
en todo transporte colectivo
colaborar es correrse
bajar por adelante.
Cuando un golpe de sol:
sobre la cresta brillante de una ola
la imagen de mi hermana
se levanta

—Notifícame
—Mar espléndido.
Mi horario es justo para
que las horas que pasen
ya no vuelvan más
y no tener sanidad pública
ocupación bien fija.
—Nuestra madre es feliz
nuestro padre
nuestro hermano sigue creciendo
sólo se espera tu llegada.
Aprovechando mi hora libre
mi oportunidad o perdiéndola
pero buscando en seguida otra más
hasta agotar la última
el último suspiro.
Crack crack crack
pasa el carro alegórico
del fútbol corrompido
¿Dónde está el gran Martino?
Volviendo un día al barrio
a la estructura simple
de casitas baratas
y la Villa del Parque.
Cómo se pianta la vida
cómo rezongan los años
cómo se viene la muerte

tan callando.
Y la Gran Puta huyó a París
en busca de su amor
yo la seguí con la imaginación
—sin amor no se puede bienestar—
Acariciando mi alma en mi soledad
en mi soledad
no se puede confort y
si vieran mi catrera.

Gabriel Jiménez Emán

Soledumbre

A Eleazar León, en la cercana distancia de la amistad

I

el ojo arroja sus garfios
a la tela del día
el rostro deletrea las sílabas
de la plaza
mientras los pies asaltan
la calle de los nervios

al atardecer las dalias
se hinchán
en el temblor del pecho
mientras el cielo caza nubes
para el hambre de espíritu
ah hermético sosiego no apareces
sino al final del callejón
al fin del túnel que conduce
a la noche sumergida en vasos
quejumbrosos tiritando en el vientre del agua
en el océano de hielos que bajan
hacia un oasis de sed

II

cuándo va a llegar el regreso
cuándo empezamos a bajar
por la escalerilla de las costillas
hacia el horizonte

cuándo va a gritar el silencio
en la arena de esta playa
que bate mis sienes
 hacia esa otra orilla
donde pastan las sílabas
 del arrepentimiento
ora por nosotros señor de los murmullos
ora por nosotros señora de los abismos
entraremos al templo a segar ilusiones
no será muy tarde entonces
será la ardorosa mañana de la simiente
tierra abinada para hacer llover
 lágrimas hacia arriba
hacia los párpados del cielo

III

ven a mí amore ven
acércate a la lejanía de mi latir
entra al portal del laberinto
bienvenida seas al abierto cerrojo
que ofrece su herrumbre como una opción
de abrir de dos tajos
 la nube interpuesta
entre tus ojos y el sueño
entre tu sueño y los delicados lirios
de la conciencia
la luna se estaciona junto a una estrella celosa
que lanza su saliva invisible
hacia los heliotropos terrestres
y alcanza la interrogación sin fin
del existir

IV

qué bien se urde todo esto
sin mi permiso
licencias prohibidas para asaltar las calles
y romper las vidrieras del santuario
donde gimen los obreros
se labran los surcos muertos
y las banderas chamuscadas penden
en el aire del campo de batalla
para anunciar el definitivo triunfo
de las derrotas
luminosos fracasos inventados
en la esquina del insomnio
en el alcohol que salta
en la punta de las almohadas
y martilla una estaca
en la cresta de las mareas
para un banquete de mendigos
ah delicioso mendrugo del tiempo

V

el alma que brilla en el alma de la rana
el pensamiento del brillo en lo negro
el relincho del potro en el presentimiento
el pajarito y su piar trascendental
la mariposa casada con sus alas
la hormiga concienzuda y perpleja
con sus tenacitas tan bien dispuestas
a morder la eternidad
la araña que teje su tela en mi memoria

mi perro que ladra a la teja
y mi gato cuya mejor opción
es la luna
son mis compañeros de soledumbre
mis hablantes secretos mis conciencias
los bendigo con mis cejas
los unjo con mis ojos cerrados
que expían hacia adentro mis pecados
mis animales reyes de mis deseos
vigilantes de mi respiración
les bendigo desde mis venas que arden en mis brazos
como leños dormidos

VI

increíble mujer
la soledad

VII

quién inquiera en el profundo hueso
quién desea descender al abismo de la cima
aquel que pretende absolver de pecados
termina absorbiéndolos
al edificio de la noche
al sol que con todos sus rayos
nos quema y nos deja aciagos
para envolvernos en la madrugada
quién quiere entender el destino incomprensible
quién desea penetrar la puerta sin bisagras
quién por dios quiere llamar a la puerta de la bóveda

y descubrir que el anillo sagrado
y el erial secreto
son dos maneras de encender
el sirio que arde sin pecado
en la grama de la tumba

VIII

alguien se ha mudado a la casa del corazón
alguien ha traído un pan al horno de la boca
alguien ha acercado el agua a la sed de la tierra
insaciables
intraducibles
inescrutables
los seres van y vienen por este corredor
del sentir abierto infinitamente
tienen el corazón como coraza
un peto de guerrero para cada llamarada
un taller de Vulcano para el hierro
que debe atravesar el campo
abandonado en nieblas
y el bosque de las dichas que se precipitan
al vacío
sin que podamos remediarlo

IX

en la barra el hielo del vaso
asiste a la cita
entre lo real y las visiones
entre la palabra presentida adentro

que por obra del trago profundo
ejecuta el rito donde el fantasma
acude con arrojo a la sien bebedora
lengua dialéctica idioma otro
armando vínculos con la nada
con la punta del idioma herido
en el centro de su ser
aromado alcohol que buscas
en el otro tu asombro
para nombrar de nuevo al mundo
en el laberinto presentido
de lo efímero que cae
al hueco del presente
y va a toparse con el aire
y la tempestad del pecho
buscando acomodo entre los beodos
entre las gargantas heridas por
la discusión entre el vaso y los ojos
los vidrios y los hielos
los alcoholes atizados por preguntas secretas
todo impregnado del enigma bebedor
donde licores zigzagueantes marchan
al ritmo de una risa con tos
es el recuerdo atizado por la brasa de la memoria
donde cada uno asiste puntualmente
a su recuerdo

Sara Rosemberg

Nacimiento

Placenta. (Del latín "placenta", torta).

Órgano redondeado y aplastado intermediario durante el embarazo entre la madre y el hijo; por una de sus caras, la más convexa, se adhiere al útero, y de la otra, más plana, sale el cordón umbilical; se expulsa en el parto, después del hijo.

(Botánica) Borde del carpelo, generalmente engrosado, donde se insertan los óvulos.

(Botánica). Parte vascular del fruto a las que están unidas las semillas.

I. *Planeta*

1.

¿Acaso el planeta es agua y es memoria
y por eso ahora ella se derrama?
El límite se borra, la orilla se pierde.

2.

Mi cuerpo es el animal que te alimenta, te espera,
te intuye, te habla, te sueña, te canta y con temor
traza el círculo de ternura y ferocidad que contiene
estas dos cabezas, cuarenta dedos, y cuatro piernas

II. *El mareo también es redondo*

1.

Recipiente donde la rotación ha grabado
la forma que tendrá tu frente, tu oreja,

la manera en que sonreirás bajo la sombra
del árbol cuando por el cielo cruce un pájaro.

2.

El mareo suele ser redondo y me dejo llevar
Como si fuera el aire que sostiene al pájaro
las hojas, las ramas y el peso de la sombra
La que te dice, plumas, vuelo, polen, árbol.

3.

Riego tu pequeña mano con agua y alimento
Viajo a una zona desconocida y te traigo aquí
Para vencer el miedo a la muerte te nombro
Predigo cataclismos, disgregaciones y sueños.

III. *Visiones*

1.

Veo la taza sobre la mesa, la cesta llena de naranjas.
Barro, madera, pulpa dorada, cristal de la ventana.
Desde que estás aquí nada es natural, y enumero
uno por uno el límite de cada cosa, quizás lo invento.

2.

La palma de mi mano recibe el agua que bebo
Y la forma de la gota suspendida en los pliegues
es ahora un espejo cóncavo que tiene tu tamaño.
El brillo me penetra, baja y circula hacia tu cuerpo

3.

No sé cómo lo hago, ni cuándo respiro, o digo agua.
Me escucho y sé que estoy cantando para vos y sé
que te has movido, para que me mueva, asustada,
invadida por tus gestos, por otra sed, y por ser otra.

IV. *Violencias*

1.

No es imaginable una violencia semejante
A la del desprendimiento de dos cuerpos.
Ni la estampida del búfalo de la pradera
ni la caída de un meteorito sobre la tierra.

2.

Sonido de hueso y caverna, el cuerpo se abre
Con tambor de nacimiento hacia otro completo.
Epitelial, acuática, informe y ya desesperada
Deseo volver a ser humana, cerrada, quieta.

3.

Habitada por una fuerza que me es ajena, impulso
el movimiento de un hueco que no me pertenece.
Del agua al aire me desbarranco en algún camino

Hasta una orilla donde no hay nadie, sólo restos.

V. *Animales*

1.

Todos los que ves, los que caminan, nacieron, me dicen.
¿Cuántos millones de años fueron necesarios
para que la rotación hiciera redonda y clara la pupila
que mira ahora el círculo donde sucede este milagro?

2.

Soy yo quien debería llorar perdida en esta orilla
Ahora que tu existencia me ha dejado la huella
de un animal desconocido, de un alga primigenia
que respira sin luz en la profundidad del océano.

3.

Braceo ya sin aire para alejarme del descubrimiento.
Temo tu llanto en el que sucumbo y voy más atrás
Hasta verterme líquida, tetas de mamífera, enormes
que manan sin voluntad hacia vos todo cuanto tengo.

VI. *Paisajes*

1.

El horizonte es también curvo y construye la forma de tus
ojos,
en los párpados nacen tus pestañas y por ellas vienen a trepar
nuevos animales, que autónomos eligen su paisaje,

y otro barro,
oscuro, como el silencio que precede
nuestra pequeña catástrofe.

2.

La luna gira y arrastra hacia la marea la sombra de los árboles.
Dibuja otra vez las orillas, separa playa de aire y sol de nube.
La arena sostiene al vertiginoso caracol, a la piedra y al mar
Golpeándose otra vez para modelar tus primeras vértebras.

3.

El ojo no puede verlo, lo sabemos como sólo se sabe en los
sueños.
El agua gira, cubre el gran plegamiento de la montaña inver-
sa. Caverna donde se ha grabado una mano temblorosa para
espantar el terror que se siente al descubrir que no hay nada,
nada quieto.

VII. *Invitación*

1.

Ven. Pon tu cabeza entre mis piernas
verás el círculo que describe el pez
cuando abandona el agua un instante
gira, salta, se da vuelta y moja el aire.

2.

Ven. Somos este mareo continuo de la materia
Que se resuelve en formas que no imaginamos.
Se trata, dicen, de leyes conocidas o aleatorias,
O bien, una es sólo esta embriaguez planetaria

3.

Ven. Acércate a tu dedo. Observa y nombra.
Es digital la huella de los planetas, tócalos,
mira la lejana órbita de Mercurio tan pequeña
y los anillos de Saturno, y la Luna iluminada.

VIII. *Iniciación*

1.

Lo que llamamos "todo" es puro nacimiento.
Perpetua convulsión.
Origen, salto, encuentro, corte,
y ni siquiera la muerte lo aquieta.
La ilusión de los sólidos eternos,
esa trampa de nuestra ceguera,
Es la forma y el límite que la rotación
usa para evitarnos el mareo.

2.

Rotando se hizo este hueco en mi para vos.
Para que me habites y te vayas. En calma.

Estaciones, tormentas, augurios del cambio.
Como el río al cauce y la hierba a la tierra.

3.

Galaxia llamo a la sombra de las patas de una araña
en el tejido de innumerables y violentos cruzamientos
que gravitan sobre mi fragilidad y bajo el mismo cielo.
Visto de nombres cada cosa y te protejo: digo estrella.

4.

No se ven ni la urdimbre ni el hilo del tejido
La luz que emite ahora es poca pero quema
Y detrás de lo convulso sólo hay oscuridad
Por eso te canto, y te alumbro con palabras.

5.

Al partir se te abrirán todos los verbos posibles.
Y el mundo se ordenará en una sintonía secreta
Después de la erupción del volcán volverá la ola
Y el viento traerá el polen nuevo desde siempre.

100 versos.

Rafael Arraiz Lucca

Uno

Y yace sobre la nieve desnudo sin que el hielo le maltrate.
Su corazón canta en coro con los rigores del clima:
es una palma que se mueve frente al viento
sin que el viento pueda sacarla de raíz.
Yace sobre la nieve en Escandinavia un martes de carnaval
y distrae los empeños del hielo por quemarle la piel
extrayendo de la memoria más lejana sus balluceos príncipes:
el mundo entonces era un pentagrama de pocas palabras
y la primera fue “agua”, “agua”,
que fue erigiéndose, en su imperio saliente de la mudez,
en un salmo, en un tótem de la lengua que lo salvaba de la
aspereza y le acariciaba la garganta
como una película de ungüento.
Desde entonces tuvo entre sus labios un vocablo salvador
que le reveló el universo:
decir, y que pasara algo
eran cartas que habían recibido respuesta.

A aquel vocablo que lo rescató de los rigores del desierto
se le sumó otro que trazó un puente con unos ojos atentos:
“mamá”, y unas manos que habían sido
hechas para la certidumbre, pasaban por su brevísima
humanidad y le restituían el vínculo.
Más allá del aro que recordaba ahora manotear desde la cuna,
aquel mínimo cuartel donde se detenía el tiempo,

sabía que unos rostros iban en su auxilio
y que unas palabras abrían y cerraban puertas
y que era atendido por unos seres que asomaban
sus caras gigantes por entre los lienzos
etéreos que cubrían su espacio.

Después supo que sus piernas podían ampliar el periplo
de sus investigaciones, y que su casa era un laberinto en el que
todos los conductos, a la hora del anochecer,
conducían a un solo centro donde
no bramaba un minotauro: su cama.
Entre sus sábanas un instrumento le entregaba la inmensidad:
soñaba, soñaba, enmendaba al mundo,
tomaba vidas prestadas, se iba, regresaba,
tenía entre sus manos una posibilidad que era todas,
un método que era todos los métodos,
un sistema que era todos los sistemas.
Tan sólo el hastío de abusar de sus poderes
le hacía abandonar sus operaciones demiúrgicas,
y entonces volvía a su espacio preciso, a sus trapos
a sus muñecos silentes, al olor de su almohada.

Estreno, novedad, lozanía, ímpetu
son palabras que retumban en su mente cuando recuerda
aquel tiempo novísimo en el que la experiencia iba acopiando
sus primeros registros,
al margen de la experiencia que vivía.

Y el hielo cuece bajo su piel,
y sus recuerdos no han ocupado más que
una mínima partícula de tiempo
de sus diálogos con el frío y la soledad.
Las nubes pasan raudas por sobre su cabeza
tamizando el azul de un cielo invernal:
pulcro, luminoso, aromático.
A lo lejos oye el canto de un pájaro que anuncia la primavera,
un adelantado que intuye primero que su pares que el sol
saldrá
a derretir el hielo y a dejar la hierba en su verdor elocuente.
El canto se escucha cada vez más cerca,
pero para él no hay ventana distinta a los ojos fijos
en el paso de las nubes por encima de su cabeza.
Voltar es perderse.

Ahora se le presenta la bandada de tordos
sobre las lajas del patio,
y el ébano frondoso que se llegó a temer que tapizara el cielo
y todo se hiciese sombra y fulgor bajo sus ramas,
y la hiedra subiendo por las paredes hacia el techo,
y el terremoto que estremeció la casa
mientras cuatro rezaban un padre nuestro en
el jardín rogando
que no se viniera abajo,
y de pronto surge en su imaginario

el Jardín de las Delicias en su detalle y magnitud,
y ya todo es el Bosco, el Bosco, el Bosco:
jardín e infierno, luz y sombra, vacío y plenitud.

El helicóptero pasa por encima de nuestras cabezas
mientras los grillos se estremecen en la grama,
y los pájaros combaten por sus migas de pan.
Ahora mi madre escarba en la tierra haciéndole sitio
a unas petunias que ha mudado de lugar.
Mi abuela la ve trabajar con el sol en la espalda,
y se balancea en su mecedora con la mente en otra parte,
en otro espacio, en otro tiempo.
Mi abuela está con sus vacas,
en el Tuy,
girando instrucciones:
pasa revista a sus hombres y sus bestias
y se prepara para el verano.
Entonces vivía su marido y el horizonte
se salpicaba de nubarrones
con tan poca frecuencia como el anuncio de la tristeza.
Mi abuela está allí como casi nunca se deja ver:
con sus cabellos blancos largos, larguísimos,
que le caen sobre un paño blanco,
secándose al viento.
Por su mente pasa un río de aguas claras y otro de turbias
que no se juntan en ninguna parte:
sólo la realidad es caótica, se dice mi abuela

como fustigándose hacia sus adentros.

Sobre el filo del mediodía veo a mi padre
en el pretil, saludando: su paso puntual por este imperio
está signado por unas recurrencias.
Entra, sale, saluda, se despide, lee y duerme,
mientras las regentas del palacio dialogan y siguen su curso.
Ya mi reino onírico tiene su correlato:
mí jardín, mis taxonomías, el musgo y el árbol,
aquella desproporción a la que me trepaba siempre.
Sabía que la vida no se agotaba en la cárcel de mi cuerpo,
y que la experiencia ajena era tan mía como de cualquier otro.
Me sentaba a comulgar con mis amigos sobre la tierra:
nos repartíamos los recursos y
hacíamos la guerra y luego la paz.

Ignoro cuántas nubes han pasado veloces sobre el fondo azul,
tampoco sé cuánto tiempo ha pasado para siempre
mientras yazgo aquí, sobre el hielo,
espaciando los latidos de mi corazón.

Dos

Y Balín estaba viejo y daba tumbos entre los muebles:
sus patas extrañaban la tierra y patinaban sobre la superficie
lisa
de la madera.

No se avenía con aquel recinto pequeño sin árboles,
ni pájaros que espantar.
El sobrepeso y la molicie anunciaban que sus días
estaban por llegar a su fin.
Cierta mansedumbre se había venido apoderando de su espíri-
tu eléctrico
y de su proverbial velocidad.
De lo que había sido, quedaba poco en sus gestos:
el reflejo ante un estímulo móvil,
la alegría ante un hueso por limpiar,
el impulso de embestir un trapo rojo
como si fuera un toro.
Entre el reumatismo y la ceguera,
Balín recordaba el día en que llegó a El Paraíso.
El jardín era tan grande como pequeño su tamaño,
y sus patas ansiosas respondieron al timbre de su deseo
y recorrió aquella inmensidad en siete vueltas
y el mundo anunció sus delicias
y supo que había un reino que estaba para él.

Tres

Seguí a un conejo por una senda
y llegué a un claro en los jardines:
oí la voz de Platón a lo lejos,
intentando hacer de la realidad una horma
para la medida de sus ideas.

Ignoraba que urdía para algunos
la semilla de otras utopías,
ignoraba que muchos de sus hijos
queriendo hacer de sus sueños materia
dejarían a su paso una ristra de cadáveres.
Y luego escuché la voz de Aristóteles
inventariando la grandeza y la minucia del mundo,
humildemente.
Intentando extraer de la realidad
algunas pocas respuestas.
Una polvareda nubló el horizonte
y determiné la figura de Alonso Quijano
y la de Sancho Panza.
La vida se allanó sobre la superficie de una carcajada
y el corazón se redujo sobre sí mismo,
entre la mansedumbre y la voluntad de ver estrellas
donde el polvo tomaba para sí todo el espacio.
Otra nube de polvo se impuso:
una carreta halada por caballos avanza
por la orilla de una autopista en Iowa.
Son los amish que se resisten
a catar la temperatura del tiempo que transcurre.
Hacen de la teoría de la simultaneidad de los tiempos históri-
cos
una verdad tan vasta como el océano
o tan pequeña como los círculos de una mosca
sobre el centro del deseo.

Siento el polvo entre mis dientes
y mis labios secos son humedecidos
por la compasión de mi lengua.
Abro los ojos.

Cuatro

Ignoro cuántas horas pasaron desde que cerré los ojos,
pero los abrí porque el ruido de una avalancha lejana
crecía como una sinfonía que se precipita hacia el final.
Recordé aquella tarde en Casablanca
cuando desde la baranda de la mezquita imponente
vimos el mar avanzando hacia la corniza.
Era un mar de olas largas que en cada embate
parecía ir más allá del malecón,
pero las piedras lo detenían y se escuchaba el estruendo.
Aldaba que clama y sorda clausura.
En una lengua tan extraña como seductora
escuchábamos por altoparlantes desde la cúspide del minarete
unos rezos recurrentes,
y veía el mar e imaginaba los fieles postrados
implorando el perdón de Alá.
Aquel crepúsculo me sorprendía en tierras lejanas
de feligreses que adoraban a otro Dios.
Yo venía de las vastedades politeístas
donde la libertad de amar a los dioses es tan doméstica
como arbitraria.

Marruecos no es Jaipur,
tampoco las costas de Rhode Island
donde el amor al dinero es una devoción fatua.
El ruido de la avalancha había cesado,
más yo no iba a incorporarme para ver
la cresta rota de una montaña.
Las nubes corrían sin descanso
como el saltamontes de mi memoria,
azarosa.

Penúltimo

Y cerró los ojos y no quiso ver más
el paso vertiginoso de las nubes.
Su cuerpo fue quedándose atrás,
ante la caballería impetuosa del sueño.
Sus ventanas al mundo se cerraron
y se entregó a un espacio sin marco
al que llegaban imágenes en tropel.
Un enano batallaba con un alacrán
enfundado en una escafandra.
Un obeso altísimo sonreía con un ojo íngrimo
que le iluminaba la frente.
Con los brazos abiertos alzó vuelo sobre Londres,
y se fue divagando hacia la arcadía de Oxford.
Miró absorto el espectáculo de un día luminoso
que convivía con la noche más oscura,

y de allí pasó a las galerías acuáticas
de una ciudad tallada en las entrañas
de las montañas andinas.
El rugido de una multitud en el estadium
le trajo a las manos un pájaro azul
por cuyos ojos vio la mirada de su madre.
Y cerró los ojos como si profundizara aún más
lo que ya había cerrado y abierto la primera vez.
Pasó a un segundo ámbito de su descenso
hacia las zonas ignotas,
y sin dejar de ser él se vio así mismo
sentado en el poyo de una ventana, ya viejo,
con una cabellera de nieve que le caía
sobre su cuerpo desnudo.
Y aquel viejo nevado miró su pasado y advirtió
a un hombre avanzando hacia los cincuenta
que llevaba de la mano a un niño.
En el centro de la rotonda bullía un hogar
y las llamas dibujaban una selva de sombras
sobre las paredes blancas:
los tres rodearon la hoguera y cerraron los ojos,
seducidos por las pequeñas lenguas de fuego.
De la mano la trinidad penetró hacia otro tiempo,
pero en un mundo remoto un cuervo
se detuvo sobre sus pies: ¿dónde estaba? ¿Quién era?
¿En cuál recodo del tiempo amanecía?

Último

Sacudí mis pies bruscamente
y el cuervo voló hacia el árbol más cercano.
La nieve quemaba mi espalda
y laceraba mis piernas con su fuego helado.
Comprendí que la experiencia de la nieve había llegado a su
fin.

Me levanté, desnudo.

Estuve allí acostado no sé cuánto tiempo.

Busqué vestido y una vara larga:

sabía que detrás de las últimas montañas

la nieve se deshacía por completo,

y la arena imperaba más allá del horizonte,

pero si tomaba el sentido contrario

la selva tupida, la lluvia, y la fiera de los grandes ríos,
serían mi destino.

¿Cuál rumbo tomar?

¿Las tormentas de arena y la ingritud?

¿La lluvia y las multitudes de la selva?

¿Y si permanecía allí sobre la nieve e iniciaba otro viaje?

¿Y si no iba a ninguna parte?

Me vestí y emprendí un camino;

le rendía homenaje a los míos:

el mundo es el mundo porque unos permanecieron

y otros buscaron otros sitios donde, también,

permanecer.

Nuestras vidas cambiaron cuando supimos
que además de ir detrás de las bestias
para cazarlas y cocerlas y comerlas,
también podíamos permanecer y sembrar,
con paciencia y voluntad.

Y muy pronto juntamos piedras,
unas sobre otras,
y levantamos muros y los techamos
e hicimos rutas por entre las casas,
y nuestras familias fueron tejiéndose unas con otras
y parieron y parieron
y las ciudades fueron tramándose unas con otras
y la obra colectiva fue izando sus banderas.

En algún lugar habría espacio para mí:
primero sería un forastero
y luego uno de los suyos,
el tiempo haría su tarea.

Alfredo Pérez Alencart

Perú

Yo he bebido esa leche verde que va nutriendo el goce
tras comer y dormir
en los pezones de árboles susurradores
guardando el fruto que a diario perfumaron
el delta de mi desamparo
cuando fui puesto en la costa más agria
mostrándome su pesado cortinaje de garúas
y, de tos en tos,
quebré el extravío sin quemar consuelos
por el hervidero Capital
donde hasta el aire me acosaba
como bestia sedienta restregando su sobaco
en mi nariz.
Pero avancé por el desierto
del ardor
con mis raíces y fastidios,
tan caracol para llegar seguro, lleno de ecos
cargando chispas o mareas y semillas de la noche
por el tímpano azul de los Andes
que desde niño divisaba
horizonte al fondo de mi calurosa Tierra,
región fiel y delirante
en las aguas que repetían su imagen ceremonial
a vuelo de águila danzante del cielo
mientras yo abría códigos

de chirriantes exorcismos que a veces
adivinaba
con las plumas de la libertad.
Mi lengua saborea
una porción del Perú que fue amansada
por mis ancestros,
secretas selvas con diez mil años de recuerdos
y cálidos hechizos
y pequeños proyectos tramitándose
sin renegar de la leyenda.
Por eso no lavo mi amor
en esta tarde que me filtra el Puerto
de mi desembarco. Por eso
atravieso el río sin parpadear de golpe:
así brillan los besos
que recubren la piel de tanta ausencia,
pétalos que pastoreaba por el barranco tan hondo,
anterior a mi mirada
que ya encontraron los Pérez y los Troncosos
con los Mendozas surcando el Manu
o el Inambari
sin orden jerárquico por la subsistencia
de la que no salieron ilesos.
Luz y sueño.
Luz y pronto deseo
para mezclarse con las Amazonas, como el errante
Alencar que a los cincuenta y tantos

buscó pareja de veinte para ahuyentar la máscara
de la muerte.

Soy un peruano con muchas patrias:
por eso nunca me laceró la soledad
ni lagrimeo bajo el humo
del desarraigo.

Soy un peruano de única Tierra:
la de mi soplo original, la de mi labio vivo
moviéndose hacia la selva
con su abundante rumor de mundo.

Soy un peruano:
pasen hasta mi corazón y vean,
vean
que no hago genuflexiones ni escribo frases delebles
falseando méritos de peruanidad,
himnos van, himnos vienen
los fiestass conmemorativas hechas nada
al día siguiente
de la corrupción y el expolio..

Mi Perú es mío y sólo lo comparto
con quienes hallan en mi voz su en selvada
identidad mestiza por los cuatro costados.

En adelante bajaré a beber del pezón más fresco
de esa Tierra que dejó su gracia
en mí.

Brasil

No deseo verte
sino sentirte mientras palpo tanta tierra tuya
bien caliente aún temprano
donde nacen los ríos que escucho a mi espalda
y brotan las hojas y los árboles crecen deprisa
por esas tormentas de siempre
en todas partes, menos en el Nordeste
donde está el osario
de mi Alencar ciñéndome a tu suelo, emigrante
desde que empezó la sed,
cuerpo sobreviviente con parte de su sangre
asumiendo el nombre tuyo en la garganta,
nombre no de Patria ni de Tierra
Prometida:
(eso ya lo dice todo el mundo).

Creo que hoy, cuando te siento,
mi pecho se abre a lluvias
y a sequías
para mostrar la vieja llave guardada en la diáspora.
O más bien, ¿no será mi saudade la que ondea
-en el pico de un guacamayo-
camino al centro de tu corazón mestizo?

Que otros vayan viendo tu epidermis:

yo quiero taparme los ojos con un sombrero de paja,
echado en el suelo para recibir la brisa del mar,
saboreando los abacaxis que venden en Janga,
sin tópicos que ahoguen mi aventura
ni grasientas palabras desfallecientes
oídas en su falsa historia.

Yo quiero sentir tus cosas como un juramento
de pan y barro
y susurros de la tierra debajo de mis pasos
que aceleran hasta quedarse quietos
ahora que lo siento todo.

Digo “Xapuri o Crato, Guajará-Mirim o Exú”
y logro fusionar la selva y el sertão.
Converso con don José Martiniano y él acepta
que su hija Iracema baile conmigo
en las arenas de Boa Viagem, entre la cuajada luz
de la luna y el adivinado perfil de África.
Digo “¡Tío Raulino!” y se aparecen
mis sobrinos Huirá, Tainá y Raoní
con una foto del pariente enterrado en Curitiba.

Nada termina a la deriva por el cielo de este aliento.
Nada me hace traficar con la faz
de mis ancestros.
Oh lluvias, laven a gusto mi corazón trashumante
y aplaquen la quemadura de este espíritu

libre de otras confesiones.

Que nadie diga de mí que estoy ciego
por el sol de estas tierras,
y que estoy como buscando sombras
dentro de un sueño.

Yo no deseo verte:
deseo que hierbas en mis labios sin bagunçar
y me derrames tu polen sin cacarejo,
y oigas el adiós de mis olvidos
porque esta voz ya no se te irá con la bruma
ni se refugiará en la alta copa oscura
de alguna medianoche.

Así regreso a ti una caliente Navidad,
assumido
que tú no eres mi Patria ni mi Tierra Prometida
y que por ti no tengo que cantar
con una máscara sucia
ni disfrazarme de acreano o cearense
con habla atrapalhada.

Tú,
Brasil,
eres algo mío
que sigue creciendo
en la infancia de los relámpagos.

Para Núlida Piñon

Jorge de Arco

La puerta azul

1

¿Qué custodió esta puerta azul en otro tiempo?

Tirita aún su gozne,
el mismo que le abriera al día tantas veces
su fugaz esperanza.
Vestida con la herrumbre del pasado,
humilde y tentadora en su quietud,
alienta solitaria
los hilos que movieron su interior,
los ojos que incendiaran
la luz de sus ayerés.

2

De sus estancias brotan todavía
el humo enamorado de unos labios
de sal y escalofrío,
el eco de unas voces
que clamaron amor
en los bordes sagrados
del alba,
la fiel caligrafía que limara
en la noche el fulgor del desengaño.

Puerta que supo a vida,
a sangre, a sombra, a culpa,
cerrada para siempre a cal y llanto.

El rastro de tu sangre

Me venzo de tu diestra y subo amante
el escalón sediento de tu vientre.
Dibujo caracolas desde el borde
de tus venas y me alzo enamorado
hasta el tiempo descalzo de tus noches.
Segados los confines de la ausencia,
con el pecado a solas y lejanos
de cuchillos clavándose en la nada,
salpico con mis labios la tersura
vital de tus arterias, la corriente
rojiza del pasado, el dulce rastro
que escriben estas manos en tu sangre.

Al alba de tus labios

Yo callaba enredado en el acento
de tu piel encendida.
Amanecía en Granada
sobre la luz verdeante de tus ojos
y aquella imagen se hizo fiebre
tras el alba secreta.
Tu lengua era mi lengua.
Tu carne era mi carne,
mas nada quedaría después de nuestro sueño,
sino las cicatrices
de cada beso, la acordanza
herida de imposibles paraísos.

La Alhambra iba clavándose
en cada verso, en cada adiós
que pronunciábamos
bajo el fulgor de aquel estío
quemante y turbador.
Salimos hasta el brillo de las calles
y supe bien que no estarías
cuando el sol comenzase
a dolerme muy dentro.

El Darro, rumoroso, conducía
Fuga una nueva estación en su caudal.
¿Y cómo despedirme de su sed,
de tu misterio cálido?

En la luna lustral de tus pupilas
se resguarda con cada despertar
la fe de mi memoria.

Fuga

Yo sé que tú eres fuga, nube cándida
que se esconde entre cielos más rebeldes,
entre ardores y asombros de otra edad.

Llegaste hasta mis días con el ávido
relumbre de la culpa, solitaria,
desalojando el tiempo más pretérito
de tu piel, con los ojos desnudados
y un remoto enemigo a las espaldas.
Y nos atardecía en el silencio
de una derrota lenta, de una fe
que había hecho cenizas la baraja
de tus años y tus blancos desvelos.
Atrás tu vanidad de fiel amante,
abiertos los cerrojos del pecado,
vaciados de promesas los bolsillos,
tu equipaje colmado de propósitos
felices..., pero antiguos. Centinela
ante la puerta rota del olvido
te esperaban mis manos y mis noches,
los cálidos paisajes que tus párpados
rozaran en mitad de los insomnios.

Hoy, con la primavera entre los dedos,
devuelto el corazón a su guarida,
la incendiada pasión a su cordura,
sé que no pisarás los mismos mapas
ni las mismas fronteras que trazamos.
Mas este hogar tendrá siempre tu luz,
el eco inolvidable de tus pasos
grabado en los postigos del recuerdo.

Carlos Aguasaco

Nueva York a ras de tierra

La saliva de un hombre se convierte en granizo
Y cae desde los rascacielos directo hacia mi cabeza
¿Debo creer es una señal del cielo?
Quisiera escupir de vuelta y hacerle tragar su miseria

Mis palabras son un viento frío que corta en las orejas
Es mejor callarse y seguir el camino en busca de albergue

Dormido en el autobús,
sueño con una palabra convertida en flecha
Una pieza de hielo triangular capaz de cruzar el atlántico
Una paloma de viento frío, y de agua, que llegue hasta mi casa
Una imagen traslúcida que descienda sobre mi madre
Y le deje saber que estoy vivo

¿Y si la que escupe es una chica?

¿Y si la que escupe es una chica?
No sé, pensaría que le he parecido atractivo
y quiere marcarme para verme pasar desde su oficina

Creería que aguarda con un cigarrillo mentolado
junto a la ventana de cristal
como una cortina de corazón y dientes
una boca llena de saliva lista para saludarme

Una garganta dispuesta a escupirme sus ganas
ilusiones solitarias, pasiones de alcoba, convulsiones
unos pulmones que exhalan fuego desde el vientre

Una mujer gigante o una enana subida en una butaca
una mujer que sale a la calle en busca de una cabeza escupida

La neoyorquina solitaria que me ama desde las alturas
la dueña de esta goma de chicle
con aroma de pasión femenina

Bajo esta piel mestiza duerme un enano

Bajo esta piel mestiza duerme un enano
usa mi epidermis como una manta de vagabundo
la enrolla alrededor de su cuello
y, con una taza de café en la mano, pide limosna

Me molesta su olor a acróbata de circo
sus ínfulas de domador de trenes
sus deseos de saltar de una plataforma a la otra
en la estación del metro

En ocasiones, juego a dejarlo descubierto en mitad de la calle
halo mi piel y echo a correr por Lexington Avenue
lo abandono allí, en la esquina de la sesenta y ocho,
con su cuerpo de yuca y su taza de café
corre tras de mí, iracundo
mi piel ondea como una bandera agarrada a mi puño

Bajo esta piel mestiza duerme un bufón
arlequín neoyorquino que bromea en otra lengua
una lengua gruesa como mi piel,
una lengua-manta que cubre a quienes tienen frío.

Manhattan Bound

Me dedico a los libros, es fácil parecer interesante.
La lectura disimula la imperfección de mi rostro;
en el metro, las gentes me miran como pidiendo auxilio:
sácame de este día monocromo, destruye esta película muda,
una palabra tuya bastará para que salte de la silla
e inicie una recitación en mi lengua materna.

¡Préstame tu nombre Carlos Aguasaco,
déjame ser esa voz que te dicta el poema!

Me niego a compartir mis momentos de lectura,
y sus voces tratan de disimular el desencanto.

¡Márchate de aquí Carlos Aguasaco,
y llévate ese libro que lees en silencio!

Me dedico a los libros, mi gorro me protege de sus palabras
hay una muralla de aire enrarecido entre nosotros

En el tren, ocupo la silla en que dormía un vagabundo
junto a mí una nota escrita en urdu y mal traducida al español

¡Regresa Carlos Aguasaco, poeta que viaja en metro,
déjame ser esa chica que tuerce la cabeza y lee de tu libro
un poema que habla del invierno!

Nicolas Fiks

Nocturnos

I

El entusiasmo por cualquier acto de la vida es vil. Sólo los monos creen que sus bufonadas son importantes; ignoran la risa del público; o simulan ignorarla. Grave autismo, como el del hombre al creer que alguien le corresponde en sus empresas vacuas. Todo esto está de más. La risa es el relincho de los hombres. La hilaridad esconde dolor, como la pedagogía esconde ignorancia. Aquel que demuestra alegría, esa epilepsia gesticular, lo hace por temor; temor a la soledad, temor al abandono. El hombre es fuerte en la soledad; toda comunión es denigrante. Denigrante para quien la pide, denigrante para quien la da. Compartir es ser mutilado. Compartir es vaciarse; quien dice caridad dice debilidad. En las cumbres, cuan Águilas, se posan los Grandes Hombres. Sus garras claman y se clavan en el Cielo; sólo desde las alturas se tiene derecho a injuriar.

II

La bondad es más nociva que el cáncer: El cáncer roe desde adentro hacia afuera, la bondad desde afuera hacia adentro; el cáncer se contrae en soledad y se manifiesta en

sociedad, la bondad se adquiere en sociedad y se sufre sola. Todo lo que emana del hombre es sórdido. Sórdido y vulgar; la potestad radica en lo propio, aunque sea lepra; uno es esclavo de lo externo, aunque sea oro. Despreciar lo que exhala la sociedad. Consumirse en la hiel de la amargura y el rencor. Sólo posar el hocico en la superficie para destruir. Ni siquiera para respirar. Vivir como mártir y morir como verdugo.

III

La necesidad es el himno de los menesterosos; la mano extendida en busca de dádiva, la sonrisa contorsionada que pide aprobación: aquel que demanda es débil y cobarde. Pedir es inmolarse.

Deja que el pobre perezca: tu amor momentáneo no calmará el dolor infinito: eres sólo un paliativo transitorio en una enfermedad incurable; esconde tu caridad. Si tu Dios conoce todo lo que acontece en la Tierra, ayudará al necesitado. Si no lo hace, es cruel; si no puede, es débil.

Y merece el mismo desprecio que aquel que te extiende la mano.

IV

Cuanto más se conoce a los Grandes Artistas de la historia, más se desprecia al vulgo. Asco superlativo, asco primario; la mera sonoridad de la voz de un semejante, sumido en su

mediocridad, causa impulsos asesinos; vivir al margen de la sociedad es vivir al margen de la podredumbre: donde existe el fatuo deseo mundano, existe un hombre cubierto de llagas purulentas; alzar el puño en señal de victoria es la única semejanza que el hombre posee con Jesús: el judío alzó su mano para que la clavasen en el madero. Toda victoria es inútil, porque toda vida es estéril; el hombre reptaba en el lodo mientras repite que camina sobre agua; yo he escuchado al hombre imponiendo sus ideas, marchando seguro en su sendero y queriendo predicar con el ejemplo. Nunca escuchar a nadie: Primer Mandato; siempre despreciar a quien da consejos: Segundo Mandato. Sólo el silencio redime, o la Palabra del Genio, de aquel que no sigue al Rebaño en su tonto peregrinar; en cuanto descubras un hombre olfateando huellas ajenas, debes saber que ese hombre no se dirige a ninguna parte; marcha gregaria, andar pecoriano, seguridad borreguil: sólo quien se desvía del camino es fuerte, su fortaleza no es la vida que merece, sino la muerte que elige; cualquier necio merece, sólo los Grandes eligen.

Walter Espinal

El primer mes

Este enero
de 31 colmillos
en él
ya la fiesta corre lejos
la hojarasca se lo lleva todo.
Y queda
un vacío nuevo para tañer.
Nos vemos como desposeídos
en domingo
al fondo de una tarde refulgente.
Hoy que la vida
como un cedazo
no deja pasar cosas nuestras
y retiene pedazos de memoria.
Este enero
en que mi amigo Juan
desde Taganga
trenza los vientos alisios.
Mes para un trago en Riosucio
tras el sileno danzarín.
Y en el lunes afeitado
como escondrijo a la mano
la música ebria.

El pirata

El asiento es para dos
en esta lluvia vespertina
con la ventana astillada en el borde.
El viento dilata
en el vidrio
los reflejos bajo el agua.
Y como un pirata
sin mar nave oro
por mi ciudad trasiego.
El oído despierto dictando doliendo.
Y el bus como una lancha
por donde veo cómo todo pasa.
Pirata a blanco y negro
fotógrafo para las despedidas
de amor en sepia.

Las sirenas vuelven en travestis
y por calles jabonosas
zumban
los pegasos hidráulicos.
La mesa vacía
4 sillas silentes
y la cabeza como un sainete
de colores.

El mito de Er

Perteneía a la ciudad de Panfilia
cuando tuvo la oportunidad de contar lo sucedido
después de perecer en una batalla

Despertar a punto de yacer en la pira

Er y sus 10 días de muerte
para que su corazón de hombre
empezara a dañarse

Con la abertura y el largo periplo
hacia su deseo de 100 años de condena

El tirano de mi ciudad en el infierno
atado de pies manos y cabeza
a fuerza de golpes era desollado

La mente recordaba y prevalecía ante las vivencias
pasadas

Y el alma elegía elementos de justicia o criminalidad
que el agua del río del tiempo
perdía en la memoria

Melampo revisitado

Melampo se rindió al cuidado que se presenta
a un enfermo
y por medios físicos sanaba.

Una mañana el mago salva de la muerte
a una camada de serpientes jóvenes
que lamen y limpian sus oídos.

Desde entonces Melampo descifra los sonidos
de las aves.

Y se dice que Apolo se le hace visible
a orillas del río Alfeo.

Los etruscos acuñaban sus monedas
con el arúspice niño amamantado
por una cabra.

Raspaba Melampo la herrumbre de su tiempo.
Y el sol al no llevar calzado le había ennegrecido
los pies
y de la lengua del buitre se prendía
al curso del rayo

El sueño inalcanzable

María Elvira Bonilla

Un paisaje homogeneizado y monótono de pastizales, de extensos latifundios donde los únicos habitantes son novillos engordando y vacas paridas con sus terneros, que se protegen de la canícula del mediodía a la sombra de viejos y frondosos árboles, mudos testigos del dolor y la muerte que aún guarda la tierra, restos de escuelas y puestos de salud, de viviendas y canchas de fútbol cubiertos por la maleza. Ese es el nuevo paisaje rural colombiano: despoblado, ganaderizado, con la muerte que aún flota en el ambiente. Es el paisaje del latifundio, en muchos casos narcolatifundios, nacidos de una verdadera contrarreforma agraria.

El Urabá antioqueño —Necoclí, San Juan de Urabá, Arboletes—, las tierras de Bolívar y Sucre —San Onofre, Chirulito, Tolú Viejo, María la Baja— y los Montes de María —Carmen de Bolívar, El Salado, Macayepo—, anteriormente ricos en presencia y trabajo campesino, fueron escenario de muchas de las peores masacres paramilitares que destruyeron comunidades sólidas y obligaron a sus pobladores a abandonar sus tierras y engrosar las hordas de desplazados, desposeídos y humillados, que malviven en las barriadas urbanas. El retorno a sus lugares de vivienda, a sus tierras, a sus veredas semidestruidas ha sido lento. Desesperanzador. Son fantasmas, extranjeros en sus propias tierras. Ya no son los mismos. Llevan en el alma una tristeza que no pueden ocultar. Sin plata ni condiciones ni apoyos gubernamentales consistentes para reiniciar sus vidas,

no les queda alternativa distinta a vender, a precios irrisorios, la tierra recuperada que los “cachacos”, como llaman en la Costa a la gente del interior, en su mayoría antioqueños, pagan en efectivo. En Montes de María, las parcelas y fincas de 10, 15, 30 hectáreas donde por generaciones habían cultivado el ñame, la yuca, el plátano, el aguacate y el tabaco son hoy grandes extensiones alinderadas por alambres con postes de cemento, lo contrario al paisaje campesino de antaño.

El campo colombiano lo conforman nuevas haciendas, agregación de parcelas campesinas, muchas entregadas durante la reforma agraria de Carlos Lleras Restrepo en los años 70. Ganadería en Sucre, Córdoba y Bolívar, palma de aceite en María la Baja y jatrofa, arbusto productor de aceite para combustibles, en Montes de María. Siembras subsidiadas por el gobierno como apoyo a la economía verde. Negocios que requieren fuertes inversiones, grandes extensiones de tierra y escasa mano de obra, que son el corazón del modelo para el campo impulsado por el presidente Uribe y su ministro Andrés Felipe Arias del cual forman parte las líneas de crédito y los subsidios del Agro Ingreso Seguro. Un modelo de desarrollo agrícola que hiere mortalmente a ese mundo rural que está en el corazón de Colombia y que traerá como resultado inevitable el aumento de la pobreza de más familias campesinas, desposeídas y desplazadas. Un modelo que jamás permitirá alcanzar el mínimo equilibrio social, sin el cual la paz permanecerá como una quimera. Un sueño inalcanzable.

Joce Daniels es presidente de la Asociación de Escritores de la Costa Caribe colombiana.

Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950), ha ofrecido lecturas de sus cuentos y poemas en numerosas ciudades, como Atenas, Buenos Aires o New York. Entre sus libros figuran *Materias de sombra* (Premio Monte Ávila de Poesía, 1983) e *Historias de Nairamá* (2007).

Sara Rosemberg (Buenos Aires, 1950) ha publicado recientemente su novela *Contraluz*.

Rafael Arráiz Lucca (Caracas, 1959), hizo estudios de derecho en la Universidad Católica y desde muy joven ha ocupado cargos de dirección cultural. Algunos de sus libros son *Balízaje* (1983), *Litoral* (1991) y *Pesadumbre en Bridgetown* (1992)].

Alfredo Pérez Alencart (Puerto Maldonado, 1962). Desde 1987 es profesor de la Universidad de Salamanca, donde coordina los Encuentros de Poetas Iberoamericanos. Ha recibido el Premio de Poesía Vicente Gerbasi.

Jorge del Arco (Madrid, 1969), Licenciado en Filología Alemana por la Universidad Complutense de Madrid, donde ejerce como docente. Es hijo adoptivo de Fontiveros y ha recibido el Premio de Poesía Madrid en 2007.

Carlos Aguasaco (Bogotá, 1975), estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia y desde 1999 vive en New York donde hace un doctorado en Stony Brook. Dirige el portal de poesía *www.artepoetica.com* y edita la revista de poesía *El Barco Ebrío*.

Nicolas Fiks (Buenos Aires, 1978). Algunos de sus libros son *El immaculado camino de Cyril* (1999) y *Ni Dios ni patria* (2001).

Walter Espinal (Itagüí, 1980), filósofo de la Universidad de Antioquia, ha participado de varios talleres literarios en su ciudad.